

ROBERTO FERNÁNDEZ

COMBATE POR LA CONCORDIA

Cataluña en España, un futuro común


ESPASA

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN PERPLEJOS Y DESCONCERTADOS, ILUSIONADOS Y ESPERANZADOS

VIAJANDO A CARTAGENA	15
REFLEXIONAR CON EL SILENCIO DE LAS PASIONES	31

PRIMERA PARTE EL PATRIOTISMO DUAL DEL CATALANISMO HISPÁNICO

PATRIOTISMO SIN NACIONALISMO	43
EL CATALANISMO HISPÁNICO: UN VETERANO CON PORVENIR	59

SEGUNDA PARTE UNA PONDERACIÓN CRÍTICA

DEL «GRAN CAPITÁN» AL VENDAVAL INDEPENDENTISTA	85
Jordi Pujol: el «regionalismo-nacionalista» conserva- dor	85
El otoño del patriarca y el apogeo secesionista	123

ÍNDICE

Crisis social y secesionismo económico	139
La clerecía no se abstiene	188
UNA «CAUSA GENERAL» CONTRA ESPAÑA	203
Sobre el «fracaso» histórico del Estado español	203
Nacionalización catalana <i>versus</i> la idea de España	219
NARRATIVAS DEL PROCESISMO	245
Contra la manipulación de la Historia	245
Lenguaje y falanges mediáticas	270
Procesismo sin clases sociales	300
El mapamundi abierto	321

TERCERA PARTE CATALUÑA COMO PROYECTO COMÚN

LA NOCIVA DIVISIÓN DE LOS CATALANES	329
LA CATALUÑA PLURAL Y SU UNIDAD CIVIL	373
LA IMPERIOSA NECESIDAD DE LAS TRES «C»	403
UN DIÁLOGO FRATERNAL PARA LA CONCORDIA	417
UN GRAN PACTO ENTRE CATALANES PARA CATALUÑA: LAS RE- FORMAS POSIBLES	463

EPÍLOGO UN DESIDERÁTUM REFORMISTA ESPERANZADO

AGRADECIMIENTOS	567
BIBLIOGRAFÍA	571
ÍNDICE ONOMÁSTICO	583

INTRODUCCIÓN

**PERPLEJOS Y DESCONCERTADOS,
ILUSIONADOS Y ESPERANZADOS**

«Ser liberal es, precisamente, estas dos cosas: entenderse con el que piensa de otro modo; y no admitir jamás que el fin justifica los medios, sino que, por el contrario, son los medios los que justifican el fin».

GREGORIO MARAÑÓN, *Ensayos liberales*, 1966.

VIAJANDO A CARTAGENA

En la última semana del mes de octubre de 2017 se iba a celebrar en Cartagena un congreso internacional sobre las ciudades de la Ilustración al que como conocedor de la materia, sus organizadores habían tenido la amabilidad de invitarme. Mi viaje en tren fue durante buena parte del día 26, mostrándome una vez más lo invertebrada que todavía sigue España en cuestión de comunicaciones ferroviarias. Al contrario de lo que suelo hacer, que es disfrutar del paisaje, la lectura y la música, ese día estuve pendiente de las noticias de la radio con mi corazón en un puño. Iba de una a otra emisora con una gran desazón, porque tenía la clara intuición de que mi futuro, y el de los míos, iba a tener que dialogar con la noticia que estábamos esperando: el presidente Puigdemont deshojaba la margarita sobre si convocaba o no elecciones autonómicas. O lo que es lo mismo, si andaba por el camino de la legalidad o de la vía unilateral para conseguir la independencia de Cataluña.

Todos los periodistas aseguraban que la noche había sido larga y densa en el Palau de la Generalitat. Una noche en la que además, de miembros del gobierno, asistieron a la reunión los líderes de las principales asociaciones independentistas¹, culmi-

¹ En el presente texto se utilizarán los términos «independentista», «secesionista» y «separatista» como sinónimos que definen en los tres casos

nado un hecho insólito pero significativo: ya no era una reunión institucional, sino una cita de quienes estaban decidiendo, en nombre de todos los catalanes, si se abría un proceso de pleno enfrentamiento con el Estado. Se trataba de una triste constatación en el marco de una democracia moderna: unas organizaciones cívicas se ponían a la misma altura en capacidad de poder y decisión que los representantes políticos elegidos por todos, convirtiéndose en un poder paralelo con capacidad de moldear el poder institucional, que es el único que representa a la plenitud de la ciudadanía.

Aunque por las impresiones que transmitían las primeras noticias parecía que la decisión se inclinaba a favor de la convocatoria, el retraso de la rueda de prensa para publicitarlo me tenía en vilo, al igual que a millones de catalanes y españoles. Y la verdad es que empecé a pensar en lo peor recordando la jornada del 6 de septiembre, cuando Cataluña había quedado dividida en dos mitades en el Parlament: la mayoría independentista forzando votaciones sin las garantías procedimentales para la actuación de la minoría, y la mayor parte de esta última saliendo

a aquellos compatriotas catalanes que quieren desgajarse del Estado-nación España en el que está inserta Cataluña desde hace más de cinco siglos. En cuanto al polisémico término de «soberanista» se utilizará en el sentido de agrupar a todos los partidarios de aumentar considerablemente el poder político de Cataluña (así como el derecho a celebrar un referéndum de autodeterminación sobre el futuro de la misma respecto a España) sin que ello implique necesariamente estar a favor de la independencia, aunque sea ciertamente indudable que la mayoría de los soberanistas se declaran favorables a ella. Además, en las siguientes páginas se acepta la idea de que declararse nacionalista catalán no significa estar necesariamente de acuerdo con la independencia y que declararse independentista no significa de forma inexorable ser nacionalista, aunque ambas condiciones vayan aparejadas en la gran mayoría de los casos.

del hemiciclo en repulsa por ello y para no tener que participar en la votación sobre una vinculante Ley de Autodeterminación sobre la Independencia de Cataluña, que fue suspendida dos días después por el Tribunal Constitucional abriéndose un nuevo choque frontal con el secesionismo.

Se conoce ampliamente cuál fue la decisión final —a las cinco de la tarde— y todo lo que trajo consigo. Han sido muchos los testimonios que han salido a relucir (incluidos bastantes de los protagonistas más directos) y también numerosas las publicaciones que han dado cuenta de esas horas trascendentales². Yo me enteré poco después de bajar del tren y les confieso que me estremecí. Pisando la tierra murciana de todos mis abuelos, pensé que resultaba una paradoja del destino que el presidente de mi patria chica, a la que emigraron antes de la guerra incivil española en busca de porvenir y para servir con lealtad a la prosperidad de Cataluña, hubiera decidido someter a la sociedad catalana a un proceso que iba a ocasionar una verdadera convulsión en nuestro futuro al poner en jaque el orden constitucional español que tantos esfuerzos había costado crear de forma pacífica y consensuada.

Era, desde luego, una posibilidad que podía ocurrir pese a las esperanzas de que no sucediera por parte de los no nacionalistas. Demostrando una gran seguridad en sí mismo, el independentismo no había ocultado en ningún momento sus planes. Al contrario, los anunció varias veces, ofreciendo presagios de su

² Sin ánimo de exhaustividad, decir que, además de las múltiples memorias de protagonistas de los hechos, ya existen algunos relatos sobre los acontecimientos realizados por periodistas mayoritariamente soberanistas, como Oriol March, *Los entresijos del procés*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2018, Francesc-Marc Álvaro, *Ensayo general de una revuelta. Las claves del proceso catalán*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2019, *Per què hem guanyat*, Comanegra, Barcelona, 2015, y Ferran Casas y otros, *Toda la verdad*, Ara Llibres, Barcelona, 2020.

determinación. La soberbia demostración de movilización popular del 1 de octubre había sido la última muestra de su formidable capacidad de convocatoria. Pero el sobrecogimiento que miles de catalanes sentimos aquel día era consecuencia de que hasta entonces muchos pensábamos que todo sería una pesadilla pasajera, que no se llegaría a la tesitura de querer conquistar a las bravas la independencia después de un largo tiempo en el que más parecía una estrategia a corto plazo para sacar réditos del Estado que una verdadera intención final de declarar la separación de España.

Tuve entonces la sensación y tengo ahora la convicción de que el *procés* (en adelante Proceso) había sido jaleado por la veterana Convergència (y fácilmente acompañado por Esquerra Republicana y la Candidatura d'Unitat Popular) para seguir estando en el poder político y social, pero que finalmente su propia dinámica política de acción-reacción y los miles de activistas movilizándose con gran fervor habían tal vez arrastrado a sus líderes políticos allí donde quizá no pensaban llegar porque no estaban seguros de poder alcanzar la meta anhelada de la separación. Y lo confieso: a mi intuición política y a mi sentido común les pareció ya en esos momentos una enorme falta de responsabilidad que íbamos a pagar todos, también los millones de catalanes que no habían ido a votar en octubre y a los cuales poco o nada se menciona cuando se habla de los importantes sucesos de aquel día.

Pero lo que a mí me estremeció el alma y me pareció a todas luces una soberana insensatez era lo mismo que hizo que miles de mis compatriotas salieran a las calles para celebrar lo que para ellos era una noticia ambicionada y esperada desde hacía varios años: el principio del camino para conseguir su acariciado sueño de la independencia de Cataluña. Y eran precisamente esas reacciones emotivas, tan contrarias entre sí, de máxima